

AFGANOS EN TIJUANA

Plàcid Garcia-Planas

Periodista

Hay lugares que están en los mapas, pero no están en el mundo. Como Tijuana.

El mapa se comprime aquí en tres palabras: el otro lado. Es cómo los tijuanenses llaman a Estados Unidos. Como si fuera el más allá. Y Tijuana, metafísicamente, también son otro lado, el de los que han levantado el muro.

Héctor López nunca invadió el otro lado. Al contrario. Lo ayudó a invadir otro país. Y ha terminado tirado como un muñeco roto.

Nació en Michoacán, con dos meses emigró a Estados Unidos y en 1983 luchó con el ejército gringo que ocupó la isla de Granada para frenar la influencia cubana en el Caribe. En el 2004 fue detenido por tráfico de marihuana, pasó ocho años en prisión y tras la condena –por no tener pasaporte estadounidense– fue deportado a México.

Encontré a Héctor la semana pasada en su oficina cutre –U.S. Deported Veterans, no dejes a nadie atrás– junto al paso de San Ysidro, donde el asfalto de la carretera mexicana Federal 1 se funde con la californiana Interestatal 5. Y de este alquitrán fronterizo, el más transitado del planeta, solo pueden salir historias de ruptura y pegamento.

“A los veteranos de guerra no nos quieren ni allá ni aquí”, decía Héctor. “Para regresar al otro lado he de demostrar que estoy dañado en la mente, y aquí en México no saben de estas cosas. El ejército mexicano está para defender a México de los propios mexicanos”.

El tejido urbano de Tijuana está tan pegado al muro que parece que lo ame con fuerza. Pegado está el faro, la plaza de toros, el aeropuerto, donde un puente sellado sobrevuela el muro para que los gringos penetren directos de la terminal mexicana a su imperio.

Sobre el muro, el Cross Border Xpress, así se llama el puente. Y debajo, el caos exprés, con la policía gringa repartiendo agua y barras de cereales con virutas de chocolate Soft&Chewy a los migrantes que han quedado atrapados entre el doble muro. También afganos.

Surgiendo de la tierra, una flor amarilla sigue el camino contrario: nace en territorio estadounidense y, creciendo entre las rejas del muro, saca sus pétalos por el espacio aéreo mexicano.

“Aquí empieza la patria”, dice un cartel en Playas de Tijuana, el punto donde

el muro penetra en lo impenetrable: el océano. Un Pacífico, aquí, con derrame de aguas negras.

¿Dónde empieza qué patria? ¿La de los dos mexicanos asesinados en la carretera del aeropuerto mientras nuestro avión aterrizaba? ¿La de la familia amish que, con sus barbas y cofias germánicas del siglo XVII, deambulaba a pie por una auto-vía? ¿La de los rusos y ucranianos que esperan en la costa a que les llegue el papel para entrar en territorio gabacho? Porque, hablando de patrias en caos, a los estadounidenses también les llaman aquí gabachos.

El muro luce en la playa una pintura de López Obrador y Trump morreándose: “Este amor mortal”. En restaurante El Yogurt Place puedes degustar un texmex-jalapeño sin queso contemplando por la ventana cómo las grúas gabachas levantan un segundo muro. Contemplando, en el otro lado, la Imperial Beach previa a San Diego mientras dos helicópteros de la border patrol sobrevuelan la escena.

“Esta ciudad está hecha al reventón”, le dijo un taxista a un amigo reportero, Santi Tejedor. Efectivamente, la ley seca gringa (1920-1933) fue una salvaje inyección de vitalidad para Tijuana. Casinos, cabarets, los bares más largos del mundo, pastel de mariachis y la sombra de la mujer que casi se cargó la corona británica.

Lo cuenta un camarero del Caesar’s mientras prepara una sabrosa ensalada César, que se inventó en este restaurante

en 1927. “La señora Simpson, duquesa de Windsor, probó nuestra ensalada y le gustó tanto que fue difundiendo la receta por el mundo”.

Nombres con rastro. La Malquerida, el Sótano Koreano o el Hong Kong, el gran puticlub que toca pared con pared a la iglesia cristiana Bethel, #SomosLuzEnLasTinieblas, construida por el Concilio Nacional de las Asambleas de Dios en 1937, en pleno reventón.

Luz en las tinieblas, efectivamente. La media de seis asesinatos al día no frena la tremenda vitalidad de Tijuana. Entre sus



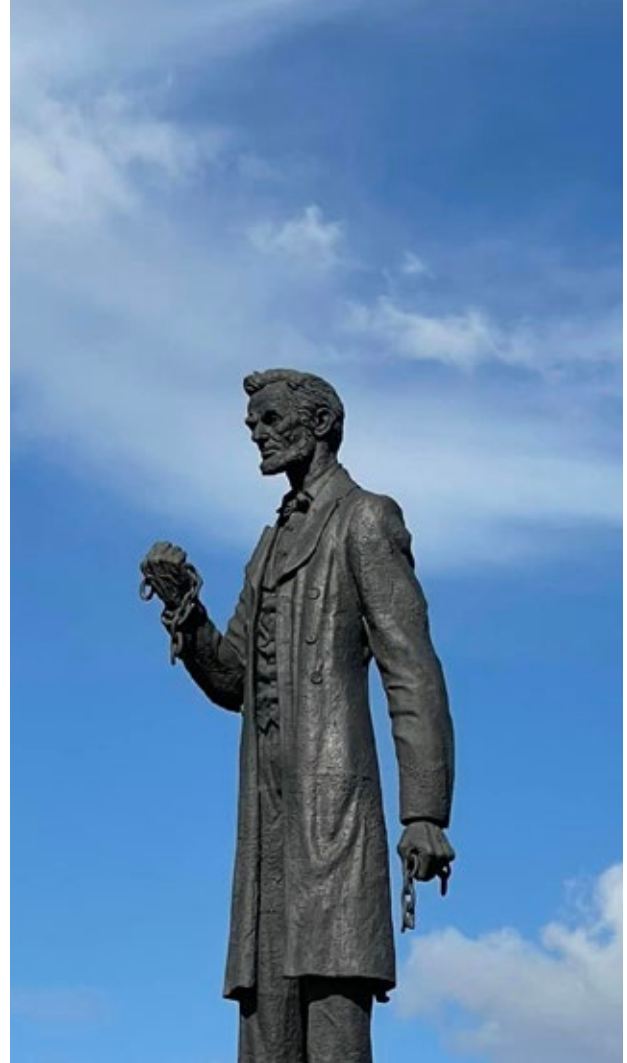
Imagen tomada durante el taller realizado en Tijuana (México).
Autor: Santiago Tejedor

más de cuatrocientas marcas de cerveza artesanal y sus clínicas para embellecer cuerpos, los balaceados son simple contabilidad funeraria. Como las desapariciones en todo México, tan bien resumidas por otro amigo reportero, el hispanomexicano Mauricio Hdez. Cervantes: “Una hora más, una persona menos”.

En una rotonda hay una gran estatua de Abraham Lincoln rompiendo cadenas que el país que ahora construye el doble muro regaló en 1981 a Tijuana. El mismo país que advierte a Adela Navarro cuando los narcos van a por ella. Porque esto es un espejo y los narcos se proyectan en el otro lado: cuando la policía estadounidense recibe un soplo, la avisa de que la quieren matar.

Directora del semanario *Zeta*, el único medio que aquí se atreve con los narcos, Adela explica en su casi invisible redacción cómo informan. La mayoría de periodistas son mujeres, “los hombres se nos han ido”. No publican nada sin tenerlo confirmado por tres fuentes distintas: “Si lo confirmo, lo publico”. Ha pasado un total de trece años con escolta, pero “con escoltas no puedes hacer periodismo”. El semanario tiene un lema, *Libre como el viento*, y Adela suelta la frase definitiva: “En la redacción no se llora”.

Al final, los dos lados del muro confluyen en un mismo punto, el más allá: la droga fluye hacia el norte y las armas fluyen hacia el sur.



Estatua de Abraham Lincoln
Autor: Santiago Tejedor

Un alumno de periodismo de la Universidad Autónoma de Baja California resume todo en una palabra. He venido a darles clases de reporterismo y la clase casi me la dan ellos a mí. Le preguntamos qué idea asocia al muro, y su respuesta funde de golpe –en siete letras– a las reporteras del viento, las cofias amish, las aspas de la border patrol, la herida de Héctor, la ensalada César y los migrantes afganos.

“Sendero”, dijo.





Grafiti dedicado al boxeo

Imagen tomada durante el taller realizado en Tijuana (México).

Autor: Santiago Tejedor